

*TERTULIA INDALIANA PARA  
LUIS ABAD CARRETERO*

1

**A**LICANTE, Albacete, Almería y Murcia son como la cuadratura del círculo para un escritor, para el escritor que uno es, a través de un espacio de radio, dentro de la urgencia y del tiempo instantáneo. Yo escribía de Almería como quien escribe de una desconocida, desde la referencia de los libros y de los amigos. Había pasado más de una vez por la revista *Afal*, a bordo de sus páginas. Decía Boris Pasternack que podemos citarnos con un pedazo de espacio habitado como si nos citáramos con un ser vivo. Heraclito el gitano contaba que los ojos son más exactos que los oídos, pero quien cuenta siempre es la voz en la palabra. Eugenio d'Ors, tan grato para el indaliano, decía en unos diálogos de la pasión meditabunda: "El hombre histórico se diferencia ya del hombre prehistórico en que se acuerda. Con un paralelismo acabado, hay amistades que pertenecen al orden de la prehistoria: para evocarlas. Otras amistades pertenecen, más noblemente, a la historia; no hay necesidad de evocarlas, puesto que su calidad les otorga perpetuamente el don de la presencia". Pero hay también otro destino, aquel que se refiere al escritor, una persona capaz de recordar con nostalgia aquello que no ha llegado a ocurrirle, y que permanece pendiente de la esperanza. Así fui a Almería, a recordar cara a cara algo que no había visto, a mirar un rostro presentido.

Enrique Tierno Galván, que fue profesor de la Universidad de Murcia, en un ensayo titulado *Notas sobre la tertulia*, dice que la tertulia se aglutina



por la “fruición de opinar”. No de discutir, ni hablar, ni asombrar, ni decidir, sino de opinar. Se trata de una personal conjetura ante la probabilidad. Y eso fue lo que uno condujo de la mano a la Tertulia Indaliana de una noche al sótano de la Peña El Taranto: una conjetura sobre el tema del instante y sobre un hombre de Almería. No se trataba de una valoración filosófica sino de un conjunto, de una rapsodia, del vistazo de un buscador del instante a través del relato. (Construyo esta crónica sobre la crónica y sobre la memoria, como una búsqueda del tiempo y su destino).

Eduardo Tijeras —en un libro publicado en Buenos Aires en el año 1969— escribe al referirse a mis narraciones breves: “al autor le interesa sobre todo la situación, el instantismo”. Esto me hace recordar como hace algo así como una veintena de años me llegó a las manos un libro editado por el Colegio de México, en el año 1954, titulado *Una filosofía del instante*. Era un libro atractivo, bien escrito en un tono donde no faltaba la imaginación junto al conocimiento.

Pasó el tiempo, y un día de 1969, una carta me llegaba desde Gador, en Almería, firmada por Luis Abad Carretero. Uno escribía algunos programas de radio, un artículo diario dicho por el autor, y un “multiplex” telefónico grabado donde además intervenían Tomás Salvador y Alvaro Cunqueiro. Luis Abad tenía una entrañable curiosidad por cosas muy variadas, como luego veremos, y entre ellas estaba la radio como un apoyo de la filosofía del instante, con la añadidura de su signo de compañía para jubilados. ¿Luis Abad? Me sonaba de alguna manera, y no tardé en situarlo como autor de una obra releída por mí: *Una filosofía del instante*.

Al responderle le hablé de aquel libro, y poco después me llegaba su carta desde un otoño de Gador, con un horizonte allá abajo extendido al sol como una vista aérea. “Es curioso que ya nos conocíamos antes de cartearnos”, y luego: “Es muy curioso lo que nos está ocurriendo a mi mujer y a mí con usted. Esto pertenece a la nueva experiencia del hombre, que aparece al filo de ese invento tan resonante que es la radio, y digo resonante, no porque suene y resuene, sino porque nos abre a un mundo de nuevas perspectivas. Resulta que cuando llega el lunes o martes nos decimos: vamos a oír a Francisco Alemán Sainz, y en seguida aparece su charla serena en *Viento del Suroeste* o *Palabras de la mano*, y también se le escucha por la mañana, y todo esto ocurre sin conocernos, ¿verdad?”.

A Luis Abad, ya en una alta edad, le interesaba radicalmente el mundo. Me recordaba a Maurice Goudekot, el viudo de Colette, quien en *La dulzura*



*de envejecer* escribía: "Solo Dios sabe todo lo que un periódico leído como es debido contiene de sorprendente, de original y de festivo". Abad daba siempre con esa esquina del periódico donde estaba el gran hueco de la jornada diaria. Por carta iba diciéndome proyectos, preocupaciones, trabajos: "No solamente la gente está haciendo ya, sin saberlo, filosofía del instante, sino que la prensa, y esa otra forma de prensa que se llama radio, televisión o cine, también está haciendo filosofía del instante. Y es que esta filosofía no es intelectualista, idealista, materialista o existencialista, sino que es una filosofía de la vida en movimiento, del vivir inmediato, que es como está apareciendo la vida actualmente, y ese vivir inmediato se manifiesta en el querer personal", que Abad llamó seguidamente "visciencia", palabra centauro de poder y conocimiento.

Frente a una filosofía de lo permanente, la filosofía del instante asume un afán de instalarse en la brevedad, en la rapidez. "La vida es larga y dura —dice un personaje de Jean Anouilh— sin embargo está hecha de horas, de minutos". Esto es lo importante para el pensador de Almería, pero siempre desde lo personal; como en una resonancia del verso de Rilke:

*Nada ocurrió si yo no lo he vivido,  
en suspenso el mañana permanece...*

Ortega y Gasset se había referido así a la vida humana: "es tener que decidir en cada instante lo que ha de hacer en el próximo", mientras que para Abad Carrerero "vivimos de instantes porque nuestra atención nos lo impone, porque los objetos a que hemos de atender son múltiples y muy diversos, porque el devenir temporal nos obliga a ir pasando de una decisión a otra".

"El instante —sigue escribiendo Abad Carrerero— no es un momento incontable del tiempo, sino el necesario para captar una situación vital, el que necesitamos para tomar una decisión, noción en la cual se ve claramente que el tiempo se liberó del espacio, y al hacerlo se humanizó entrando en los planos de la voluntad". En un poema de Hölderlin se lee cómo solamente unos instantes el mortal puede vivir plenamente, y después su vida pasa a ser poco más que un continuo recuerdo de aquel trance. Esta plenitud es la que parcialmente subraya Luis Abad afirmando que sólo en el presente y desde el presente puede actuarse. Ni desde el futuro ni desde el pasado se realiza un acto.



La frase hecha es algo cuya valoración puede ser valiosa dentro de la sinonimia. Cuando se dice "en un instante" sus equivalentes tienen una concordancia religiosa en ocasiones sorprendente, como ocurre "en un decir amén", "en un avemaría", "en un decir Jesús", "en un decir santiamén", "en lo que tarda en persignarse un cura loco". El instante surge en el endecasílabo quevediano "soy un fue, y un seré", falta el soy ahora mismo, el instante.

El instante está ahí, instalado bajo la mirada de uno para entregarnos su significado. Lo que ocurre es que entre la zona de seguridad y la zona de la aventura, el tiempo más seguro es aquél que quedado atrás ya no ofrece necesidad de decidir un comportamiento.

## 2

**S**E ha cumplido el siglo del nacimiento de un escritor inglés llamado Max Beerbhom. ¿Cómo fue el tiempo de Beerbhom sobre el que fue realizando su vida? Vivió ochenta y cuatro años, pero a los veintitrés publicó sus obras completas, y poco más tarde anunció que se retiraba de la literatura para dejar sitio a los jóvenes que venían empujando. Alguien dijo de él que los dioses le habían concedido el don de ser eternamente viejo, como una contrapartida de su coetáneo Dorian Gray. ¿Cómo se presentaría el instante para un hombre así, que detestaba todo cambio? El pasado tiene un singular tirón capaz de dominar por entero a quien acepta su vigencia total, lejos de la facultad de inventar el futuro.

La mayor fuerza del pasado está en que la elección se nos da hecha, y no es posible ni necesario aventurarse. El hombre se instala en un gigantesco arsenal formulario. La historia que pudiera ser una liberación se queda en un magisterio, es algo que escapa del instante como tal, de algo que no admite dilación porque la vida solo admite la urgencia, y el instante permanece encendido tan sólo el tiempo necesario para convertirse muy pronto en pasado. Por eso el instante tiene una gran facultad de seducción dentro de su dramatismo. La brevedad alcanza una tensión que desde el pormenor lleva una carga de transitoriedad que puede hallarse en el *spot* publicitario donde la mayor parte de las veces el tema apenas roza lo que se ofrece como servicios o mercadería. Dentro de la expresión el gesto actúa como parte formal en la rapi-



dez, en lo momentáneo. La falta de duración del ademán, su signo fugitivo, queda situado en la versión más apretada del instante, y su referencia más ejemplar queda recogida en ocasiones a través de la cámara fotográfica, es precisamente lo que se llama instantánea.

Pero en el instante existe también un elemento repentino, personal, que aparece dictado, sin ir más cerca, en las memorias del rey Hussein, al referir como entre los beduinos el jefe de la tribu va *improvisando* su discurso de bienvenida a medida que habla, considerándose incorrecto que los discursos estén preparados. El presente es, realmente, el tiempo en que el ser humano ejerce su presencia, el tiempo que comparece atravesando el instante, el vivir inmediato, la vida en movimiento. Por eso James Stephens pudo referirse así a una mujer llamada Cleopatra:

*Más de dos mil años hace  
que ella fue hermosa...  
Ahora no es más que una historia  
que se cuenta junto al fuego.  
Ningún hombre puede ser ya  
amigo de aquella pobre reina.*

El protagonista de *Confesiones de medianoche*, la novela de Duhamel, explica así el instante: "Los que dicen que la vida es corta me hacen reír. Son los años los que son cortos. Pero los minutos son largos y mi vida, la mía, no está hecha más que de minutos".

El instante tiene una medida que no se percibe juntamente, porque el tiempo no es una cantidad absoluta, sino muchas veces arbitraria. La duración de una mañana no puede ser la misma para el ocioso que para el trabajador, y el tiempo de la niñez ha de cambiar forzosamente en las distintas sociedades humanas. No olvidemos que durante algunos años el hombre no se ocupa de nada. (En mi relato *La extraña muerte del profesor Hüge* imagino una realidad donde el tiempo se duplica y junto a la mente infantil surge un crecimiento físico valioso para el trabajo. El instante final, el desenlace dramático, surge desde una violencia donde se da la muerte a través de la flecha de un arco de juguete). Entre el diez y el veinte por ciento de la vida humana se pasa en ir y venir de la casa al trabajo. Por otra parte la duración de una mañana no puede ser la misma para un insecto que vive un solo verano que para un ser humano cuya vida transcurre entre sesenta y noventa años. La reina de las Termes pone un huevo cada dos segundos. Esto supone que en los dieciseis



años, promedio de la vida de una reina, ésta pone cien millones de huevos; que ya es poner huevos.

Con la prolongación del tiempo de vida, la valoración del instante sufre un profundo cambio. El instante del anciano es muy diferente del instante del niño; sobre todo si se tiene en cuenta que la valoración social del niño es muy superior a la del anciano. En un mundo en descolonización, el cambio de situación nominal al menos del hombre prisionero de la libertad ha debido sentir en su ánimo el instante del cambio.

La duración del instante es posiblemente una búsqueda irrepetible. Basta pensar en que la duración de una obra musical dirigida por Richard Strauss era mucho menor que en otros grandes directores de orquesta. Basta pensar en que la obertura de *Tannhäuser* tenía doce minutos dirigida por Wagner, y veinte cuando la hacía otro director.

El instante puede ser una valiosa precisión sobre el hombre y su mundo. La enfermedad del tránsito ha transformado el mundo en que vivimos con el automóvil, que ha sustituido a uno de los corceles del Apocalipsis, dotando al instante de una facultad agresiva, tanto en la contaminación ambiental como en los accidentes mortales de circulación.

El instante es radicalmente aquello que nos toca más de cerca, lo que estamos viviendo, y en su incitante limitación sucesiva podemos hallar expresiones populares cuya equivalencia mantiene un tono preciso como punto, soplo, tris, periquete. Se trata de una aceleración, de un apresuramiento, casi de una escapatoria.

La que pudieramos llamar clásica valoración del instante está en el periódico como colección de noticias. Pero no podemos echar a un lado la radio en esta singularización del espacio. Romano Guardini dice que "el periódico es una técnica para desarrollar el proceso de la conciencia. Por la prensa el hombre actual vive constantemente consciente de lo que sucede a su rededor, junto a él y aun en su misma persona. Junto a los acontecimientos se encuentra el periodista, describe los acontecimientos y los analiza. No lejos se mueve la cámara fotográfica que los plasma en sus fotografías. Ya no se da un acontecimiento que se escape a los ojos de los observadores. Y lo más significativo de todo esto es que nosotros encontremos normal esta situación". La noticia, su instante no es algo que sucede de manera más o menos amplia; es un momento en que se realiza su gran aspaviento. Durante largos tiempos el hecho ocurría y se transformaba después en noticia: actualmente hecho y noticia son dos caras de una misma acción. ¿Qué hacían los seiscientos senado-



res romanos que asistieron a la muerte de Julio César? ¿Eran todos enemigos del político romano? Mounier en *El miedo en el siglo XX* dice: “Los ciudadanos romanos que vivían en el año 395 hubieran manifestado seguramente su sorpresa si alguien les hubiese anunciado que el 31 de diciembre de este año el imperio de los Césares había dejado de existir”.

El instante tiene en la llamada canción ligera una singular determinación. El instante como encuentro y enamoramiento, o como despedida y desenlace; la transitoriedad de todos estos elementos que laten en el poema de Langston Hughes:

*Porque eres para mí una canción  
no puedo cantarte mucho tiempo.*

Abad Carretero, en su afán de comprensión, se explica así sobre tiempos de la canción: “Hoy más que nunca —dice Abad— la canción sirve para sacar de cada instante una emoción, para vivirla con toda intensidad. La juventud se vale de los discos para gustar emociones semejantes, pero algo nuevo debe de haber en cada disco cuando no se fatigan de intentar repetir las mismas emociones. Centenares, miles de canciones se cantan por doquier, y todos los jóvenes quisieran que la nueva canción en cada instante les diera algo de original, de inesperado, con que la nueva canción en cada paliar la soledad o alumbrar una esperanza”.

### 3

**L**A obra de Luis Abad Carretero empieza en el año 1954, en que El Colegio de México publica *Una filosofía del instante* y se cierra en *Presencia viva del hombre actual*, publicada después de morir el autor. Ya en el año 1934 publicó en Madrid, antes de abandonar España, *El concepto de la actualidad*. (La bibliografía de Luis Abad Carretero es numerosa, y no la traigo hasta aquí porque no se trata más que de una tertulia).



Estas cartas que me llegaban de Luis Abad Carretero tenían una gran tristeza entre líneas. Yo había publicado por aquellos meses una novela que titulaba *Regreso al futuro*. Se trataba de un hombre que marchaba lejos de su ciudad, y que pasados los años, al volver a ella, se percató de que no ha regresado a la ciudad en que pensaba, que los lugares queridos se habían transformado, que los amigos ya no estaban allí, algunas veces tan no estaban que habían muerto. El hombre ha regresado al futuro, cuando pretendía volver al pasado que llevaba en la memoria. Se inventa solo en el recuerdo —decía alguien. A Luis Abad le ocurrió en Almería lo que a mi protagonista murciano. Almería era otra ciudad diferente. Bachelard decía que nadie debe irse de ese lugar donde se ha ido creciendo rodeado de cosas y gentes, y que la ruptura volverá tarde portadora del dolor. Renard —entre cínico y sentimental— decía en su diario que el gran error de los ausentes es, precisamente, volver. Pero ; cómo amaba Almería este hombre poco dado a la exaltación! En una carta de enero de 1970 apuntaba: "Mucho me preocupa que el ministro de Agricultura, con motivo del trasvase Tajo-Segura, haya visitado Albacete, Murcia y Alicante. Almería como si no existiera, a pesar de que esta provincia es la que más necesita del agua, que no tiene ni un cauce seco al que en realidad pueda dársele el nombre de río: no más los que son de aluvión: el Almanzora, el Andarax, el Adra".

El último libro de Luis Abad, libro póstumo, es un libro de fragmentos, titulado *Concepto vivo del hombre actual*, donde dice: "El hombre lo que necesita es que se le descubra lo que encierra de real y valioso, que se llene vitalmente su fantasía, y no que se injerten en él pesimismo y temores sistemáticamente. Es preciso partir del hombre, de cualquiera, del inculto sobre todo; hay que reivindicarlo, que salvarlo para evitar que su abandono y su miseria engendren en él una forma inadecuada de pensar que puede tener su origen en la sed venganza".

Un día llega la muerte de su mujer, la doctora Antonia Castillo, que fuera alumna de Tomás Maestre en la Universidad Central, y Luis Abad se queda solo en Gador con la ausencia de su esposa de su cuarto de estar viviendo. Y también a Luis Abad le llega el instante de morir, y un día la Tertulia Indaliana me dice que podía ir a Almería a hablar un rato, y pensé que mi tema podía ser éste referido a Abad Carretero, un desconocido casi en su propia tierra, entre otros grandes desconocidos. Entre José María Artero y Jesús de Perceval, el autor trató de situar el conocimiento y la existencia de un hombre capacitado para el diálogo como instante cargado de resonancias creadoras.





La primera alocución del papa Pablo VI, en el Año Nuevo de 1972, cuando habían ya entrado en su muerte Antonia Castillo y Luis Abad, se refirió al instante, a la gran filosofía del instante que Luis Abad adoptara. La plaza de San Pedro escuchó estas palabras: "El tiempo es la medida de los acontecimientos que se suceden. Es la medida de la vida presente, una medida que infunde temor, porque nos hace ver que el ayer no existe ya, que el mañana no existe todavía, que no existe más que el hoy. Es más, sólo existe el instante presente".

Hace tiempo que quería contar la presencia en el mundo, su alejamiento y su recuerdo, de este hombre que vivió su tiempo preocupado en su obra personal sobre el instante. Era la suya una filosofía de urgencia, ampliamente pensada sobre una pequeña multitud de realidades en parte sobrecogedoras. Hay en toda desaparición una acuciante sombra que destaca el olvido, y uno quisiera por su parte, aunque sólo fuese para quienes lean estas páginas, que Luis Abad sea un interlocutor al que atender en la valoración del instante como destino y como esperanza.

